

Emilio Rabasa

LA BOLA

*edición de
Luis Leal*

STOCKCERO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	VII
LA BOLA	
– I –	3
<i>Un día de fiesta</i>	
– II –	9
<i>El pueblo y sus gentes</i>	
– III –	15
<i>Suceso grave</i>	
– IV –	21
<i>Los festejos</i>	
– V –	27
<i>Remedios</i>	
– VI –	33
<i>«La Conciencia Pública»</i>	
– VII –	39
<i>¡También yo!</i>	
– VIII –	49
<i>Los Llamas</i>	
– IX –	57
<i>Contribuciones</i>	
– X –	63
<i>En San Bonifacio</i>	
– XI –	71
<i>El campamento</i>	
– XII –	77
<i>La acción</i>	

- XIII -	81
<i>En San Martín</i>	
- XIV -	87
<i>La Fuga</i>	
- XV -	91
<i>Un encuentro</i>	
- XVI -	97
<i>Rumores y noticias</i>	
- XVII -	103
<i>El asalto</i>	
- XVIII -	109
<i>Última lucha</i>	
- XIX -	113
<i>El vencedor</i>	
- XX -	121
<i>La enferma</i>	
- XXI -	127
<i>¡Bola!</i>	
- XXII -	133
<i>Punto final</i>	

INTRODUCCIÓN

Entre los intelectuales mexicanos de finales del siglo diecinueve y primeras décadas del veinte destaca el nombre de Emilio Rabasa (Ocozocuatla, Chiapas, 1856-México, D.F., 1930), abogado que cultivó la historia, la crítica literaria, el ensayo y la novela. Además, fue periodista y participó activamente en la política. Llegó a gobernador y senador de su estado natal. Tuvo también varios puestos en el gobierno de Oaxaca, Estado donde había estudiado derecho. En la ciudad de México participó activamente en los círculos jurídicos y universitarios. La carrera literaria la inició a los treinta años con la antología *La musa oaxaqueña* (1886). El interés en la novela lo demuestra temprano, al dedicar artículos en el periódico capitalino, *El Universal* (del cual él fue uno de los fundadores) a Pérez Galdós, Jorge Isaacs y otros. Como crítico literario y como historiador no evadió la polémica, que sostuvo con los críticos Francisco Sosa, Manuel Puga y Acal y otros. Sus escritos periodísticos y literarios los publicaba bajo los seudónimos Sancho Polo y Pío Gil. Entre sus ensayos políticos más importantes se encuentran

los titulados *La Constitución y la dictadura...* (1912) y *La evolución histórica de México* (1920). A pesar de haber publicado obras tan importantes como las anteriores, que sin duda tuvieron influencia sobre Samuel Ramos en su obra *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), en Daniel Cossío Villegas y tal vez también en Octavio Paz, Rabasa no es recordado por ellas, sino por sus cinco novelas, todas de asunto político: *La bola* (1887), *La gran ciencia* (1887), *El cuarto poder* (1888) y *Moneda falsa* (1888), a las cuales en 1891 añadió la novelita *La guerra de tres años*.

A las cuatro primeras, que algunos críticos consideran como una sola novela dividida en cuatro partes, además de la presencia de algunos de los mismos personajes (Juan Quiñonez aparece en las cuatro novelas), les da unidad el tema político, o más bien, la crítica del político que lucha, como en *La bola*, por el poder. La gran ciencia a la cual se refiere el título de la segunda es precisamente eso, la ciencia de saber cómo mantener el poder. En *El cuarto poder* se introduce una variante del tema político: la satírica crítica del periodismo en la capital. El título de la cuarta novela, *Moneda falsa*, se refiere a aquellos personajes que se han apoderado del poder con falsas pretensiones, no para servir al público sino para beneficiarse personalmente. En su última novelita, *La guerra de tres años*, Rabasa trata un asunto que ha dividido al pueblo mexicano, el conflicto entre liberales y conservadores. Las Leyes de Reforma aprobadas durante el gobierno de Benito Juárez, y la Constitución liberal de 1857 que las integra, provocó la llamada guerra de tres años, que termina en diciembre de 1860.

Rabasa es considerado como el introductor del realismo en la narrativa mexicana: el suyo es un realismo —como lo es el de otros realistas mexicanos— que más tiene de español que de francés. Las influencias en Rabasa vienen tanto de Galdós como de las novelas mexicanas anteriores, desde *El periquillo sarniento* (1816) de José Joaquín Fernández de Lizardi hasta *Baile y cochino* (1886) de José Tomás de Cuéllar. Una característica que distingue a este realismo mexicano del europeo es la percepción de la realidad social, que nunca es totalmente objetiva. Otra es la presencia de elementos románticos, ya que el romanticismo no desaparece del todo, como vemos en *La bola*. Ni

siquiera Federico Gamboa, autor de *Santa* (1903) la novela representativa del naturalismo en México, se escapa de esta presencia romántica. Otros novelistas del período porfirista que denotan las mismas características son Rafael Delgado, autor de *La Calandria* (1890) y José López Portillo y Rojas, autor de *La parcela* (1898).

En *La bola* se encuentran elementos retóricos narrativos tradicionales muy comunes en las novelas de autores mexicanos anteriores a Rabasa, tanto como novedades que apuntan hacia la novela del futuro. Como en *El Periquillo Sarniento* de Lizardi y en *Clemencia* de Altamirano, el narrador, en primera persona, recuerda sus aventuras. Juan Quiñonez, el héroe de Rabasa, se acuerda de la bola (revolución local) en su pueblo, San Martín de las Piedras, cuando tenía veinte años. Tradicional también es el recurso de intercalar en la narración, en este caso de los hechos políticos, una trama secundaria relativa a las relaciones amorosas entre Juan y Remedios, con el propósito de darle interés a la trama. Muy común en la narrativa tradicional era el narrador que se dirige al lector / lectora, recurso muy frecuente en Rabasa. Ese recurso, como es sabido, Ortega y Gasset lo criticaba porque según su teoría, el novelista no debe sacar al lector del mundo hermético de la novela, lo cual ocurre al dirigirse al lector en su mundo. Sin embargo, Rabasa introduce una novedad. A los lectores que no les guste el desenlace, los invita a que esperen una continuación de la novela. La obra termina con estas palabras: «Y si esto le parece al lector insuficiente para punto final, ponga punto y coma, espere otro librito, y no reñiremos»

En el estilo, la detallada caracterización de los personajes y el ambiente pueblerino, Rabasa supera a sus precursores. Sus conocimientos de la lengua española (era miembro correspondiente de la Academia), de la historia y la cultura de México y de Europa eran extensos. Al mismo tiempo, se vale del humor, la ironía y la sátira para mejor poner al descubierto la falta de refinamiento en San Martín de las Piedras, en donde ya el nombre es simbólico de su rudeza. Pero también tiene gran habilidad para describir el conflicto bélico. Su descripción de la toma del pueblo por las fuerzas rebeldes es reminiscente del capítulo «La toma de un pueblo» en *Los de abajo* (1915) de Mariano Azuela. Ésta y otras escenas parecidas dan a la novela un tono sumamente dramático. Nos preguntamos por qué, a pesar de ello, la obra no ha sido llevada a

la pantalla, ya que tiene todas las características que constituyen los filmes de acción.

Sin duda lo más importante de *La bola* es el hecho que Rabasa se vale de la forma novela para develar los defectos de los cuales adolecía la sociedad mexicana durante el porfiriato, en este caso la lucha por el poder en un pueblo pequeño cuyos caudillos sacrifican a la comunidad, no con el propósito de mejorar las condiciones sociales, sino de obtener el poder y engrandecerse.

El estilo de Rabasa ha sido elogiado por Daniel Cossío Villegas y otros críticos, y con razón, ya que es sumamente complejo y rico en imágenes originales, lo cual ayuda a la caracterización de los personajes y a las descripciones del ambiente. De la voz de un personaje nos dice que tenía un «tono resbaloso como piel de gato ... en esa entonación que parece que trata de rozar blanda y flexiblemente la nuca del que escucha. Esto me parecía desde entonces adulación indirecta y disimulada.» Ya que su novela es realista, prevee que le podrían criticar el estilo, y dice: «No se me tilde y note de prosaico, que al fin no invento sino refiero».

En ciertos aspectos de su técnica narrativa Rabasa se adelanta a su época. La metanarrativa la encontramos en expresiones como ésta:

«Perdónenseme estas pequeñas digresiones referentes a mi persona; mas por una parte, están justificadas con el hecho de tener yo tan principal parte en los acontecimientos que voy a referir, y por otra, justo es que al recordar mis años juveniles, la memoria se derrame sobre el campo de mis más íntimos sentimientos, y la pluma escriba lo que con tanta viveza se presenta a mi imaginación.» Salta a la vista también la intertextualidad, tan de moda en la narrativa de nuestros días. Antes de hacer una descripción del ambiente pastoril menciona las *Bucólicas* de Virgilio; menciona algunas novelas, no solamente de Zola y otros novelistas famosos, sino también obras populares. Cuando Juan tiene que abandonar el cuarto donde se ha refugiado, dice que no tuvo tiempo ni de leer el primer capítulo de la novela *El judío errante*; al caracterizar a algunos personajes, los compara con los tres mosqueteros; para decirnos que cierto militar siempre llegaba tarde lo compara con el general alemán que ayudó a Wellington en Waterloo, y cuando un personaje describe a otro, nos dice que lo hace dando más detalles que

Castelar da de Byron en su biografía del poeta inglés.

No menos obvia es la actitud satírica con que se describe el mundo de San Martín de las Piedras. De algunas personas nos dice que «han abrazado una u otra causa sin saber ni averiguar por qué.» Al describir el mismo pueblo, que muy bien podía ser su propio lugar de nacimiento, se vale de estas palabras, para que no quede duda de que lo que dice es la verdad: «San Martín existe, aunque no aparezca en el Diccionario de García Cubas: Pero el pueblo existe, como existo yo, que en su parroquia tengo mi fe de bautismo; y me creeré el más afortunado y útil de sus hijos, si este libro puede vindicar sus fueros, y sacarle de la oscuridad en que con mengua de la verdad geográfica e histórica yace hundido». Lo cual nos hace sospechar que *La bola* es, en su mayor parte, autobiográfica. Encontramos, también, un breve ensayo en torno a la diferencia entre una bola y una revolución. La revolución cambia las cosas, inicia una era de progreso: la bola no cambia nada, no beneficia al pueblo.

En fin, *La bola* es una terrible denuncia de lo destructivo que son los levantamientos promovidos por caciques locales que por obtener el poder sacrifican el bienestar del pueblo. Desde otra perspectiva, la de la historia de la novela mexicana, *La bola* es una verdadera precursora de la narrativa de la revolución mexicana de mil novecientos diez, la bola más grande en la historia de México.

Luis Leal
Universidad de California
Santa Bárbara, California

- I -

UN DÍA DE FIESTA

El pueblo de San Martín de la Piedra despertó aquel día de un modo inusitado.

Al alba los chicos saltaron del lecho, merced al estruendo de los cohetes voladores en que el Ayuntamiento había extendido la franqueza¹ hasta el despilfarro; los ancianos, prendados de la novedad, soportaban la interrupción del sueño, y escuchaban con cierta animación nerviosa el martilleo de la *diana*², malditamente aporreada por el tambor Atanasio en la calle única de San Martín; las muchachas saltaban de gusto, y a toda prisa se echaban encima las enaguas y demás lienzos, ávidas de entreabrir la ventana para oír mejor la música, que recorría *las calles* (palabras del bando³), si bien ahora que la recuerdo, me parece que imitaba maravillosamente el grito en coro que dan los pavos cuando un chico los excita. Si a esto se agrega que el sacristán y algunos auxiliares officiosos, echaban a vuelo las tres campanas de la iglesia, de las

1 *Franqueza*: marca de famosos cohetes de la época. Literalmente “liberalidad, generosidad”.

2 *Diana*: toque militar de llamada al alba; música que se toca para celebrar un hecho o a una persona.

3 *Bando*: partido político; edicto, ley o mandato solemnemente publicado de orden superior.

cuales dos estaban rajadas, se comprenderá que aquello, más que regocijo público, parecía el comienzo frenético de una asonada⁴ tremenda.

Yo tenía veinte años, novia que me requemaba la sangre, y un trapecillo flamante, hecho de encargo para aquel día con impaciencia esperado; y con decir esto, dicho se queda que salté de la cama con precipitación, me puse el vestido (que era color de azafrán), me calcé unos zapatos, también nuevos, que apretaban como borceguíes del Santo Oficio⁵, y completando el aderezo con sombrero de fieltro negro, me eché a la calle radiante de alegría.

Tomé calle abajo, con el doble objeto de incorporarme a la banda de música y de pasar por las ventanas de Remedios, fiado en que su alborozo la habría levantado ya; pero defraudó mis esperanzas, sin duda por el temor que le infundía el celoso argos⁶ que la guardaba, bajo el nombre y robusto físico de su tío el Sr. Comandante Don Mateo Cabezudo. Y si he de decir verdad, no acierto a decidir si mi afán era ver a Remedios o que ella me viera con aquel traje tan mono⁷.

Un buen grupo de hombres del pueblo, entre los que ya se veían algunos galancetes con puntas y ribetes de educación, semejantes a mí, rodeaban a los músicos, mientras éstos inflaban los carrillos, soplando sus respectivos instrumentos y causando la admiración de los chicos parados frente a ellos. Los músicos de pueblo se han envanecido siempre con esa admiración infantil, que no comprende cómo se pueden mover con tanta habilidad los dedos; pero creo que ningunos como los de la banda de mi tierra. Concluida la pieza que se ejecutaba, los tocadores hablaban entre sí con cierta gravedad cómica, mirando alto y sacudiendo el instrumento con la boquilla hacia abajo, acto al cual dan una importancia verdaderamente seria.

Hoy me río de esa simple vanidad; pero en aquella época me cargaba⁸, porque me parecía que aquellos tontos me suponían también su admirador; mas todo lo perdonaba yo con tal de que me hicieran el gusto de pasar por las ventanas del Comandante, tocando una danza que se llamaba *No te olvido*; porque caminando yo cerca del clarinete, y dirigiendo una mirada a Remedios de cierto modo, de fijo com-

4 *Asonada*: motín, reunión turbulenta, para conseguir un fin, generalmente político.

5 *Borceguíes del Santo Oficio*: zapatos que aprietan tanto como unos instrumentos de tortura de la Inquisición, especie de botines de hierro en los cuales se introducían cuñas para triturar los huesos de los pies.

6 *Argos*: personaje mitológico de cien ojos.

7 *Mono*: elegante y gracioso.

8 *Me cargaba*: me desagradaba, me caía mal.

prendería que yo había hecho tocar la danza para dedicarle a ella el título.

Perdónenseme estas pequeñas digresiones referentes a mi persona; mas por una parte, están justificadas con el hecho de tener yo tan principal parte en los acontecimientos que voy a referir, y por otra, justo es que al recordar mis años juveniles, la memoria se derrame sobre el campo de mis más íntimos sentimientos, y la pluma escriba lo que con tanta viveza se presenta a mi imaginación. Forzando, sin embargo, esta mi inclinación natural y justa, diré, para beneficio del lector lo menos que pueda de mi persona, y pasando rápidamente los insignificantes pormenores de aquella madrugada, referiré solamente que al regresar con la música vi a Remedios, que la saludó de un modo imperceptible, que noté su admiración por mi azafranada envoltura, y que llegando a la plaza, la música se instaló en rueda cerca de la iglesia y tocó hasta las siete de la mañana.

Ya el lector (apasionado de las novelas como debe de ser para tener en sus manos la presente), adivinó sin duda que aquel día era el 16 de Setiembre⁹; y digo que lo adivinó, y cierto estoy de ello, porque chico en lo chico y grande en lo grande, así se celebra la aurora de ese sol en toda nuestra nación, por un acuerdo tácito de once millones de pareceres, que han convenido en que nada hay mejor que el repique de campanas, redoble de tambores, estruendo de cohetes y bufidos de latones.

Sea de esto lo que sea, el caso es que mi pueblo y yo estábamos contentos como nunca, y hasta admirados de la gracia y maña que la comisión del Ayuntamiento se había dado para arreglar los festejos con acierto y aun con cierta novedad. El *templete*, colocado en el portal de los Gonzagas (único en su género), no tenía por fondo dos sobrecamas, como en el año anterior, sino las cortinas del altar de las Ánimas, que el señor cura prestó a la comisión bondadosamente; en el centro se veía el retrato del Padre Hidalgo, asentado sobre seis bayonetas artísticamente cruzadas en forma de abanico, y rodeado de banderitas tricolores de papel; a los lados del cuadro y a una vara de distancia, colgaban dos anchas fajas con los colores nacionales, y coronando el retrato del Libertador¹⁰ desplegaba atrevidamente las alas una águila de papel recortado, pintada por el maestro de escuela, que para esto de mojar los

9 *16 de Setiembre*: día de fiesta nacional para celebrar la independencia de México, iniciada por el P. Miguel Hidalgo ese día en 1810.

10 *Libertador*: del P. Miguel Hidalgo (1753-1811).

pinceles era un primor y se perdía de vista; y por último, a ambos lados del águila y en papeles de colores fuertes, se leían dispersos los nombres de Morelos¹¹, Allende, Abasolo¹², Mina¹³, Rayón¹⁴, Galeana¹⁵ y cuantos más análogos hubo el ilustrado dómine al alcance de su feliz memoria.

Tal como lo rezaba el bando, a las nueve de la mañana me presenté en la casa municipal y sala de cabildos, para acompañar a las autoridades al *paseo cívico de costumbre*. El maestro de escuela estaba ya en su puesto, conteniendo y atajando con fruncimientos de ceño y aun con ciertas airadas voces, la natural tendencia de los chicos al desorden, los cuales formaban en tiradores, apoyado un extremo de la línea en la puerta de la sala del Ayuntamiento. La murmuración hizo cundir en aquella indisciplinada tropa el descontento, pues alguno de ellos expresó la idea de que si Pepo García llevaba la bandera, lo debía a que era sobrino del Jefe político. De allí el culebreo de la línea, que apenas podía moderar la constante trompeta del irritado pedagogo.

Poco tardó en llegar el Jefe político Don Jacinto Coderas, vestido de negro con una levita que no cesaba yo de mirar, como se ve al único competidor temible; en seguida, se presentó, dándome bondadosamente la mano, mi vecino Don Justo Llamas, cubierta la ancha calva con antiquísimo sombrero de seda y copa, prenda que sólo tomaba sol en días de grande regocijo; asomó después su hermano Don Agustín, y casi juntos penetraron en la sala el Recaudador de Contribuciones, el Administrador del Correo, los dos Gonzagas del portal, el Presidente del Ayuntamiento y cinco concejales, incluso el síndico Don Abundio Cañas.

Pasó un buen rato, durante el cual el síndico hablaba en tono resbaloso como piel de gato, con el Jefe político, en esa entonación que parece que trata de rozar blanda y flexiblemente la nuca del que escucha. Esto me parecía desde entonces adulación indirecta y disimulada. Los demás asistentes fueron poco a poco formando un círculo en derredor del representante del Poder Ejecutivo, y aun me parece que yo sonreía discretamente, haciendo coro a los circunstantes, cuando el señor Coderas decía algún donaire o algo que tal nos quería parecer.

-
- 11 *Morelos*: José María Morelos y Pavón (1765-1815) al morir Hidalgo Morelos siguió peleando por la independencia. En 1813 declaró a México independiente, mas la independencia no se obtuvo hasta 1821.
- 12 *Allende y Abasolo*: Ignacio Allende (1789-1811) peleó por la independencia y murió al lado de Hidalgo; Mariano Abasolo (1783?-1816) insurgente que acompañó a Hidalgo.
- 13 *Mina*: Francisco Javier (1788 - 1817), general español que vino a México a pelear por su independencia.
- 14 *Rayón*: Ignacio (1773 - 1832), general que combatió al lado de Hidalgo.
- 15 *Galeana*: Hermenegildo (1772-1814) héroe de la independencia.

—Y este maldito Severo que no parece, cuando debiera ser el primero en llegar. Se impacienta uno con justicia, puesto que sin él no hay nada. Sería bueno mandar un recado; y si por accidente está enfermo, que nos remita el discurso. Esto es: aquí Juanito subirá a la tribuna y lo leerá, que al fin tiene buena voz y es muy expedito para eso y mucho más.

Yo me puse verde al oír tal propósito y protesté en términos respetuosos. ¡Cómo había de leer una obra ajena! Además, la leería muy mal, porque Severo tenía malísima letra.

—Pues no, señor, no hay remedio; Juanillo nos hará el favor...

Pero gracias a Dios, Severo llegó a este tiempo con el cabello muy asentado, la ropa aderezada convenientemente y el aire grave de su eterna y fastidiosa pedantería, y todos callaron para saludarle.

Otros vecinos distinguidos del pueblo habíanse agrupado a la puerta, y numerosos ciudadanos de arado y yunta¹⁶ esperaban en la plaza. Eran las diez en punto cuando el Sr. Comandante Don Mateo Cabezudo se presentó en la sala, vestido de paisano, y llevando en la raída solapa una medalla plateada y una cinta, claros blasones de su valor y sus servicios. Saludó cortésmente al Jefe político y demás personas, y preguntó:

—¿Ya estamos listos?

—Parece que sí —contestó Coderas.

—Pues vamos.

Y el Comandante se dirigió a tomar la bandera que estaba sobre la mesa.

Y aquí fue Troya.¹⁷

16 *Ciudadanos de arado y yunta*: campesinos.

17 *Y aquí fue Troya*: Y lo que allí ocurrió fue tan terrible como la guerra de Troya, ciudad que fue destruida por los griegos, según la mitología.

- II -

EL PUEBLO Y SUS GENTES

Si el lector quiere conocer el teatro de estos notables sucesos, no tiene sino llegarse al Río de los Venados, cruzarlo en el paso del Aguilar, dos leguas abajo del rancho de la Guayaba, subir un poco por la margen derecha, y al encontrar el arroyo del Pedregal que confunde sus aguas con las del río, subir y subir hasta una media legua por entre los frescos bosques, que llegan hasta el pequeño y pintoresco vallecito en que San Martín se asienta.

Ignoro por qué esta cabecera de distrito no figura en las cartas geográficas del Sr. García Cubas¹⁸, ni en los numerosos tratados de Geografía mexicana que se han publicado hasta hoy; pues tanto su condición administrativa de cabecera, como la importancia que se ha granjeado en la política, hacen de aquella omisión un error garrafal¹⁹, si es error, y una injusticia palmaria²⁰ si es desprecio. Pero el pueblo existe, como existo yo, que en su parroquia tengo mi fe de bautismo; y me creeré el más afortunado y útil de sus hijos, si este libro puede vindicar sus fueros, y sacarle de la oscuridad en que con mengua de la

18 *García Cubas*: Antonio García Cubas (1832-1912) geógrafo mexicano autor del *Diccionario geográfico, histórico y biográfico [de México] (1888-1891)*

19 *Garrafal*: enorme.

20 *Palmaria*: (fig.) claro, manifiesto.

verdad geográfica e histórica yace hundido.

Al salir del bosque que sombrea al arroyo del Pedregal, hay dos eminencias a ambos lados del camino, que de pronto no dejan ver el pueblo; pero andando tres minutos más, se pasa entre ellas, y hétenos de manos a boca con San Martín de la Piedra. A la entrada, casucas de paja que forman una calle irregular; después casas de mejor apariencia, algunas blanqueadas y todas cubiertas con tejas rojizas, y en seguida calle empedrada, estrecha, y formada por dos hileras de habitaciones más confortables y cucas²¹ que las otras, aunque siempre en mayoría el rojizo tejado. Se entra en la plaza, y desde luego se ve una fuente-cilla en el centro, circundada de mujeres del pueblo que van por agua y se pierden las horas en charlas animadas por más o por menos. Al Norte se levanta el primer edificio de la cabecera: la Iglesia, con su pequeño atrio sobre la plaza; al Occidente la tienda y portal de los Gonzagas, comerciantes fuertes en concepto del pueblo; al Sur la Jefatura y la tienda de Arenzana, español enemistado con aquellos; y al Oriente el caserón destartalado, que dividido en dos salas, ocupan por una parte el Ayuntamiento y por la otra el maestro de escuela con su alborotadora gentecilla. De la plaza, rumbo a Oriente, la misma gradación, en sentido inverso, comenzando con casas de adobe y teja, y concluyendo con las humildísimas de paja.

El arroyo pasa al Sur del pueblo y tuerce luego a la izquierda, pero tan cerca, que casas hay que se ven en peligro cuando las lluvias de la lejana sierra aumentan el caudal de la cristalina corriente. Y entonces es de verse el afán del Ayuntamiento para salvar vidas y haciendas del siniestro; y de aquel accidente sale materia para conversaciones y comentarios que duran todo el tiempo de aguas, en la tertulia de D. Justo Llamas o en la que los domingos por la mañana se reúne en el portal después de la misa.

Hacia el lado del arroyo se carga más, sin embargo, la población; de suerte que a aquella parte viven unos mil y pico de *pedreños*²², y sólo unos seiscientos en el Barrio de las Lomas; pero en cambio, los de las Lomas se creen más civilizados que los del barrio del Arroyo, aunque son más débiles, y de estas diferencias y vanidades, nace una desavenencia entre los buenos moradores de San Martín, que ha estado varias veces a punto de producir una diablura cualquiera.

21 *Cucas*: graciosas.

22 *Pedreños*: habitantes de San Martín de la Piedra.

Pero en aquel tiempo había un hombre que tenía el privilegio de calmarlos ánimos, y de unirlos en su imperiosa y dura voluntad, y este tal era el Sr. Comandante Cabezudo.

Era Don Mateo hombre de sólida arquitectura, ancho de hombros, moreno y quemado de piel, frente estrecha y como moldeada en su sombrero jarano²³, ojos taimados²⁴, y duro de semblante por las anchas cejas y recio bigote entrecano que le caracterizaban como para no consentir en que aquel hombre fuese nunca confundido con ningún otro de los seres vivientes. Nacido de una mujer del pueblo, que solía desempeñar en mi casa los oficios de lavandera (y esto no es rebajarle), tomole mi padre alguna afición, y le enseñó a leer y a escribir cuando ya pasaba de los veinticinco años, tratando de colocarle después en la tienda de Gonzaga, padre de mis conocidos; pero un día cayó de leva Mateo, y se vio en el caso de tomar las armas, no sé (ni él tampoco), si en favor o en contra de Su Alteza Serenísima²⁵. Pasados algunos años, volvió a San Martín con presillas de cabo, después de haber conocido todo el mundo, según me contaba más tarde, cuando yo andaba en los siete abriles, y me daba el tratamiento de *niño* por vía del respeto que siempre tuvo a mi padre, muerto ya en ese tiempo. Se dedicó a los oficios del campo, sin maldita la gana de volver a la interrumpida carrera de las armas; pero su conocimiento del mundo y las penalidades que le afligen, su renombre de valiente, que nadie negaba porque él lo decía, y su calidad de militar, en lo cual era único en San Martín, comenzaron a darle cierta superioridad sobre los rudos habitantes del barrio del Arroyo, cuyos fueros defendía con ferocidad en el Ayuntamiento, pues a concejal le elevaron aquellos en una de tantas elecciones.

Un nuevo movimiento revolucionario llegó a sus noticias, y sintiéndose inspirado por el dios del éxito, armó de machetes y garrochas a una docena de *pedreños*, tomó de propia autoridad el grado de teniente, salió de San Martín, y se incorporó a la primera fuerza organizada que encontró a su paso, sin averiguar si era de tirios o troyanos. Creo que nunca llegó a saberlo; sólo supo que triunfó su partido, que hizo maravillas de valor y estrategia, y que volvió a San Martín un año después con el despacho de Comandante de Escuadrón, de autenticidad no comprobada, y con el nombramiento de recaudador de contribuciones que atrapó sabe Dios cómo.

23 *Jarano*: sombrero de fieltro de copa alta y falda ancha, típico del charro mexicano. Antiguamente se hacía a base de delgadas varas llamadas *jaras*.

24 *Taimados*: astutos.

25 *Su Alteza Serenísima*: título que se atribuyó Antonio López de Santa Anna (1794-1876) quien fue varias veces presidente de México.

Ya se comprenderá cuánto creció su importancia en el barrio del Arroyo; pero su influencia llegó a ser decisiva, cuando por no sé qué *hablilla*²⁶, abofeteó en la plaza al jefe político, el cual a poco fue sustituido con otro que trató de ganarse la voluntad de aquel hombre temible. Entonces ya era yo un muchacho aprovechado en primeras letras, y recuerdo bien que los Gonzagas, los Llamas, el español y demás gentes *visibles* del barrio de las Lomas, comenzaron a hablar muy bien del Comandante y a llamarle a sus tertulias, difundiéndose así la influencia de Don Mateo por todo San Martín. Posteriormente, los Jefes políticos que se sucedieron fueron amigos forzados del militar, y establecieron la costumbre de cederle el honor de llevar la bandera en las fiestas nacionales, atenta su calidad de soldado y la circunstancia de ser él una gloria *pedreña*, de que el pueblo y aun el distrito estaban verdaderamente envanecidos. Razones eran estas de mucha cuenta y peso; pero había además, la de que Don Mateo aporreando a dos o tres personas, después de aquel Jefe político, cobró renombre de valientísimo; y la de que en cierto reparto de tierras y algunos asuntos de desamortización²⁷ logró tan buena y principal parte, que los mismos Gonzagas se consideraban pobres a su lado.

El Comandante no era un hombre malo de entrañas ni mucho menos; protegía a la gente buena de San Martín y también a la mala, por natural generosidad y sin reparar en quiénes la merecían y quiénes no. Su discernimiento moral era o romo o apático, y tenía por iguales a todos sus conterráneos, favoreciéndolos o golpeándolos sin distinción de ningún género. En el fondo, su preponderancia brutal sobre San Martín le parecía lo más natural y puesto en razón que pudiera darse, y tenía la convicción más profunda de que debía ser él Jefe político del distrito, a lo cual aspiraba eternamente, y de que el gobierno del Estado no le nombraba (aunque gozaba de consideraciones), por el temor natural de la influencia que en San Martín ejercía.

En los días a que mi narración se refiere parece que el Gobierno más hostil que nunca al Comandante, aunque dándole ostensibles muestras de confianza, se había propuesto hacer sentir su acción en aquel lejano Distrito; y con esta mira envió como Jefe político a Don Jacinto Coderas, también Comandante de la guardia Nacional, hombre duro si los hay, y de pocas o ningunas pulgas, mala fama y peor ca-

26 *Hablillas*: rumor sin fundamento que corre en el pueblo.

27 *Desamortización*: propiedades cuya amortización ha sido abolida por el gobierno; (*amortizar*: poner tierras u otros bienes en manos muertas).

tadura, que según las misteriosas y reservadas hablillas, tenía instrucciones del Gobierno para someter de grado o por fuerza al cacique. No se veían bien los dos comandantes, y ambos parecían dispuestos a reventar el mejor día, aunque Don Mateo en más de una ocasión dio muestras de prudencia, con mengua de su fama, y satisfacción cuidadosamente ocultada del barrio de las Lomas.

Tres meses iban corridos de tal situación, y ya Don Mateo hablaba sin embozo de las arbitrariedades de Coderas, tanto como Coderas de las que Don Mateo cometía, abusando de la sumisa condición de los *pedreños*. Nunca San Martín las había visto tan gordas. Los de las Lomas se frotaban las manos muy en reserva; los del Arroyo estaban rabiosos y provocativos.

Algo grave tenía que suceder.